

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## TECNOFOBIA

# LOS RIESGOS DEL BIENESTAR

**PRIMERO** lo llamaron «progreso». Fue la gran palabra que el XIX heredó de los «ilustrados» más ágiles del siglo anterior. Ahora casi nadie la usa ya en su vieja acepción, y ha sido sustituida por otras, que, si bien se mira, no cumplen el mismo papel dentro de nuestro léxico corriente. Tal vez la jubilación o el olvido del vocablo se debe a que el concepto ha dejado de ser polémico: integrado en las convicciones rutinarias de la multitud, se convierte en pura obviedad, y ni siquiera exige un nombre. Es posible. Pero, de todos modos, la situación «verbal» no queda muy clara. Hoy preferimos decir «técnica», o «tecnología», o cosas parecidas. El relevo semántico tiene su interés, desde luego. Y más interés todavía tiene el hecho de que, al socaire del cambio, estén resucitando muchos antiguos recelos. Son, literalmente, los recelos frente al «progreso». En su día, los hubo, y desahogados. Un denso sector de la sociedad occidental desconfió de las nuevas ventajitas: adivinaba en la expansión de la industria, en los «inventos», en las ideas y en las modas que de ello derivaban, una seria amenaza para sus formas de vida y sus formas de dominio (o de sumisión). Era una sospecha justa. Se trataba, a la larga, de una verdadera «revolución». En la actualidad, y con apariencias distintas, reverdece esta inquietud.

Como es lógico, a nadie se le ocurriría, en los tiempos que corren, profesar una hostilidad explícita al «progreso». Por supuesto, no faltan simulaciones estentóreas: algún filósofo «reumático», pequeños grupos de poetas líricos, bandas de muchachos contemplativos. Pero, en general, predomina la actitud inicialmente «satisfecha». Toda nuestra existencia colectiva descansa sobre

los recursos crecientes de la «técnica». Se necesitaría ser un asceta inflexible para renunciar a esa dosis de bondad material, mayor o menor según los casos, que se nos ofrece. Hasta las personas más aferradas a la inercia o a la nostalgia capitulan. Sin embargo, las reticencias siguen en pie. Sólo que su formulación adopta gestos y aristas inéditos: se plantea como si nos hallásemos ante un problema sin precedentes; y como si la desazón no tuviera nada que ver con los escrúpulos digamos tradicionalistas. Sería absurdo negar que, en parte, el «malestar frente al bienestar» —y valga el «calembour»— no responde a datos y a temores inimaginables hace cien años. Pero también es seguro que, en sus motivaciones, se prolongan no pocos residuos de la más estricta «reacción».

Podríamos calificarlo de «tecnofobia». O quizá sea excesivo el neologismo. Repito que, en el fondo, nadie está «en contra» de la técnica: no hay ningún deseo de volver a las cavernas, que sería la alternativa. Los presuntos «cavernícolas» contemporáneos nuestros únicamente quieren «una nueva Edad Media», como les enseñó Berdiaev: resulta superfluo precisar que el «medievalismo» en cuestión habría de ser meramente político-social. A juzgar por lo que unos y otros afirman, el miedo se dirige, no tanto a la técnica, como a la hipertrofia «inhumana» de la técnica. Técnica, sí; «ma non troppo». La máquina dominará al hombre; las ibeemes y los robots anuncian la fábula del Aprendiz de Brujo; el Espíritu será ahogado por la Manipulación; el Hombre dejará de ser Hombre, con mayúscula, para convertirse en un tristísimo neantropoide denominado Televidente; etcétera. ¿Quién no recuerda el mal agüero de Aldous Huxley, titu-

lado, sarcásticamente, «Un mundo feliz»? La amenaza, hoy, es bastante más definida que en la época de Huxley. Y ahí está la técnica: irrenunciable y odiosa, a la vez. El ataque, o la alarma, en consecuencia, no se perfila exactamente contra ella: va contra sus posibles «derivados». Obsérvese el éxito de desdenes que ha logrado el término «tecnocracia». Una manera de ejercer la demagogia, a estas alturas, y lo mismo en el área capitalista que en la socialista, es echarle las culpas al «tecnócrata». «Burócrata», en muchos casos, viene a ser un sinónimo o un eufemismo: «tecnócrata», pues.

La crítica de base, medianamente seria, procedió de media docena escasa de intelectuales germano-judeo-norteamericanos. Son unas cuantas ilustres criaturas de la Europa central, formadas para la cátedra y el libro, según opinan los expertos, bajo el triple magisterio de Karl Marx, Sigmund Freud y Max Weber. Pongamos: Marcuse, Fromm, Adorno, Fisher, y alguno más. A su modo, constituyen el equipo de signo «humanista». No son ni carne ni pescado: ni sociólogos ni psicólogos. Pero juegan a lo uno y a lo otro, y con memorable habilidad. Desde atalayas muy distintas, participan en la operación, igualmente, algunos economistas yanquis, y hasta algún sociólogo más formalizado de idéntica extracción: Galbraith, Mills. Esta insignie plantilla ha propalado una gran cantidad de tópicos tecnológicos, que, si en su intención originaria conservan una mayor o menor validez, quedan traducidos finalmente en incómoda banalidad cuando pasan a la pluma de los divulgadores subalternos. Clichés como la «tecnocultura» de Galbraith o como la «sociedad tecnocrática» —técnica y electrónica— de Fromm, están llama-

dos a prosperar en la fraseología de los currículos y de los aficionados. Unas gotas de alusión al nefasto y alienador «consumismo» pueden completar la receta del cóctel.

El asunto es peliagudo: hay que reconocerlo. Nosotros los peatones, ciudadanía elemental y subordinada, no nos chupamos el dedo, y ya por nuestra cuenta, de instinto —un instinto ancestral—, vemos con malos ojos a los tecnócratas. Pero no por lo que tengan de «tecno», sino por su énfasis de «cratas». El comportamiento de las «cracias», de cabo a rabo de la Historia, suele coincidir: el prefijo es lo de menos. «Cratos», al parecer significa «fuerza», en griego. La cuestión, en definitiva, no se centra en la importancia de la técnica. ¿La discutiríamos? La pregunta angustiosa es la de si puede funcionar una «técnica» sin «tecnócratas». No nos hagamos ilusiones: estamos acostumbrados a esquemas socio-económicos fatalmente arcaicos, y nuestra óptica no consigue acomodarse a las nuevas fatalidades, de tamaño, de complejidad y de especialización, que comporta una «tecnología» galopante. Hay países, todavía lentos, donde la perversión del vocabulario permite llamar «tecnócratas» a quienes apenas tienen relación con la «técnica». Pero esto es secundario. Nuestro enfoque ha de ser más genérico, e insistir: ¿cabe una técnica sin tecnócratas?... Los «humanistas» contestan con emotivas menciones a la «utopía»: a la solución idílica y aplazada. Los sociólogos de veras, y los economistas, se limitan a apuntar el remedio del paliativo: la aspirina, que aplaca la molestia pero no cura el mal. ¿Entonces?...

Joan FUSTER



¿tiene Ud. dientes postizos?

## CO-RE-GA

POLVO ADHESIVO "MILAGRO" ¡Cambiará su vida!

¡Nueva alegría de vivir! De ahora en adelante su dentadura se mantendrá firmemente sujeta.

CO-RE-GA forma entre las encías y la dentadura un verdadero "cojín adhesivo" que impide todo desplazamiento de la prótesis. ¡Hable, ría, coma sin ninguna preocupación! ¡CO-RE-GA conservará un agradable frescor en su boca!

Cada mañana comenzará una nueva vida para usted con una fácil aplicación de CO-RE-GA.

De venta en farmacias  
Concesionario para España:  
EUROMUN, S. A.  
Carmen, 9 - MADRID - Tel. 232 45 31  
Distribuidor: M. PLAZA CALDEIRO  
Dato, 6 - ZARAGOZA - Tel. 21 39 15

## UN CUENTO CADA SEMANA

# LES PRESENTO A MANOLO

PERO, ¿quién me presentó Manolo a mí? Con toda seguridad, él mismo.

Una mente mezuquina llamaría a Manolo con el vulgar adjetivo de gorrón. Esto no es enteramente cierto. Posiblemente Manolo tenga la suprema habilidad, o el olfato, o la intuición o como quiera llamarle, de llegar en el momento oportuno: una comilona para festejar un triunfo literario, una bebilona porque sí, una amable reunión en torno a unos tacos de jamón y dorada cerveza. Sin estar invitado, llega Manolo y se sienta. Y siempre cuadra, porque siempre resulta ser ex combatiente de algo, ex alumno de cuando, ex compinche de tanto o coequípier de esto. Recuerdo —y sirva el ejemplo para demostrar su ubicuidad— que en cierta ocasión, cuando andábamos buscando cangrejos en el río Cardoner, allá en el quinto pino de un bosque solsonés, apareció el inefable Manolo, manifestando ser campeón en la rama fluvial de tal captura. Naturalmente, se tragó la mitad de la comida.

Hacia ya casi un año que no le echaba la vista encima, cuando el otro día se presentó al olor de unas fuentes de pescaditos fritos y una pastosa cerveza bávara, que un grupo de amigos estábamos tratando con los honores del caso. No tuvo otro remedio que decir:

—Les presento a Manolo.

En mi fuero interno, me reía, porque mis amigos eran médicos y el tema de la conversación eran los trasplantes. Aparte de los realizados por Barnard, se hablaba de un sujeto chileno al que habían recosido una mano, y de otro, irlandés, al que pegaron de nuevo una oreja. Y yo me decía que ante tema tan profundo, Manolo naufragaría. Pero, sí...

—Señores —comenzó a decir y yo a temblar—, esas historias son muy interesantes, pero si yo les contara lo que me pasó a mi abuelo Nicomedes, llamado Nico... Pásenme un triple, por favor.

Antes de que yo pudiera intervenir, un incauto preguntó:

—¿Qué le sucedió al tal Nico?

Manolo se quitó del bigote los grumos de la espuma con un gesto decididamente vulgar. Tragó luego un puñado de boquerones y se dignó contestar.

—Bueno, en realidad no era mi abuelo, sino el abuelo de mi padre, pero como vivió ciento siete años y le llegué a conocer, le llamaba abuelo. El abuelo Nico era todo un tipo, si ustedes me entienden. A los noventa años raptó a una chavala de dieciocho y se tuvo que casar, a golpe de escopeta, claro, para poner nombre al estropicio. Luego tuvo tres hijos más, que fundaron sendas tribus quinquis.

—Al grano, Mano —atajé, para evitar disgresiones y evitar la desaparición de los pescaditos fritos.

—Es que para comprender la historia hay que comprender al abuelo Nico, todo un tipo, de los que ya no hay, y ustedes perdonen. Se han roto los moldes y ni siquiera yo mismo le igualo. De muy joven le vino al galgo su afán de aventuras. Se echó al monte con los carlistas del «Ros de Eroles», pero se disgustó mucho cuando la rota de Agramunt y enterado de que un gran tipo, llamado Miguel Gómez, estaba atravesando toda España pegando palizas a los isabelinos, se fue en su busca a la mismísima Andalucía. Cuando a Miguel Gómez lo procesaron en Bilbao, se enfadó otra vez y se volvió a casa. Más tarde, enterado de que Cabrera se las tenía tiesas en el Maestrazgo, se fue a Morella, le dijo tal por cual al «Tigre» y se convirtió en su cornetín de órdenes.

—No nos cuentes las guerras carlistas, Manolo.

—Bueno, pero que conste que aquellas eran guerras y no las de ahora, como decía el abuelo Nico. De todas formas debo consignar que la vida militar del abuelo Nico, si bien muy intensa, no fue muy larga. En el sitio de Morella por Oraa, el año treinta y nueve, un cañonazo le arrancó la pierna derecha y el brazo izquierdo. Un matasanos de los de entonces le cortó los pingajos y metió los muñones en sebo de caballo. Naturalmente, lo hizo por cumplir y porque Cabrera está detrás con una fusta, pero todos esperaban que el abuelo Nico las palmaras desagrado.

—Pero no murió, claro.

—No murió y yo en línea de varones soy la prueba. Y a lo que iba. Mi antepasado las pasó bastante canutas durante siete meses, entre hospitales y retaguardias, con fiebres de caballo y hemorragias periódicas. Y un día, en que estaba limpio de fiebres, se le ocurrió una idea. Se hizo sacar al campo y señalando un par de árboles hizo desgajar sendas ramas. No cortar, entendián, sino desgajar. Luego, en la parte del entronque se ocupó él mismo de rascar un hueco, así como de pulir la extremidad.

—Una pata de palo, vamos —apostilló uno de los presentes.

—Exacto. Pero una pata de palo muy especial, pues no bien el abuelo Nico introdujo en ella su muñón, las heridas dejaron de sangrar y al cabo de dos meses ni siquiera necesitaba ligaduras: la carne y la madera habían arraigado. Lo mismo había pasado con el brazo, digo yo que a causa de la excelente, tremenda sangre del abuelo Nico.

—¡Vaya historia estúpida! —gruñó alguien.

—Lo sería, caballeros, sin unas segundas y terceras partes. Años más tarde, con las extremidades vegetales formando, por decirlo así, una misma naturaleza, mi abuelo comenzó a sentir molestias en la rama-pierna. Luego, comenzaron a salir brotes, que él afeitaba o cortaba, operaciones que hubo de dejar, pues le ocasionaban grandes dolores. Más tarde, uno de los brotes fue creciendo hacia arriba, hasta alcanzar la altura de su cabeza, teniendo que ir sujeto a la cintura. Y lo más grande fue en la primavera siguiente, cuando la rama dio fruto, casi una arroba de excelentes peras de agua, aunque cabría mejor decir peras de sangre. ¡Y si vieran ustedes los conflictos que las dichas peras plantearon al abuelo! Con decirles que hasta intervino el nuncio de Su Santidad. ¿Debian considerarse frutos vegetales o frutos carnales? ¿Podían ser comidas por humanos habiendo nacido de humano? ¿Debería utilizarse su semilla? ¿Era un milagro o una aberración? Y estaba, claro, lo peor de todo, el pitorreo de los compinches, preguntando con voz meliflua: «¿Qué, Nico, te han fecundado ya las abejas?». «¡Hombre, Nico!, ¿cuando sales de cuentas?». Y cosas por el estilo, muy duras para un hombre como el abuelo Nico.

—Ejem —quiso saber el doctor Mas—. ¿Y con el brazo? ¿No pasó nada?

—El brazo... ¡Calle usted, hombre! Con el brazo no pasó nada. ¡Con las esperanzas que el abuelo había depositado en aquel ciruelo...! Yo creo que eso acortó su vida.

—¿Sabe usted lo que le digo? —se sulfuró Mas—. Que usted es...

—Caballero —dijo, muy digno, Manolo—. Antes de que usted pronuncie lo irremediable, prefiero retirarme.

Y así lo hizo, saludando muy serio, muy digno.

Tomás SALVADOR

## ¡ATENCIÓN!

¿NO TIENE UD. TV? ¿LO TIENE SIN UHF?

100 PESETAS semanales. Las mejores y más modernas marcas del mercado. Infórmese de nuestras fabulosas ventas y cambios de TV

Llame al teléf. 229-92-92

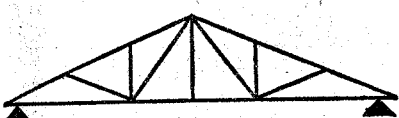
## LISTAS de BODA

CONFIELA A UN ESPECIALISTA Su categoría merece un establecimiento de prestigio. Vajillas. Cristalerías. Objetos de Regalo y Decoración

## LA VAJILLA, S. A.

Mayor de Gracia, 81. Plaza Urquinaona, 10.

Construcciones de cubiertas metálicas todos sistemas



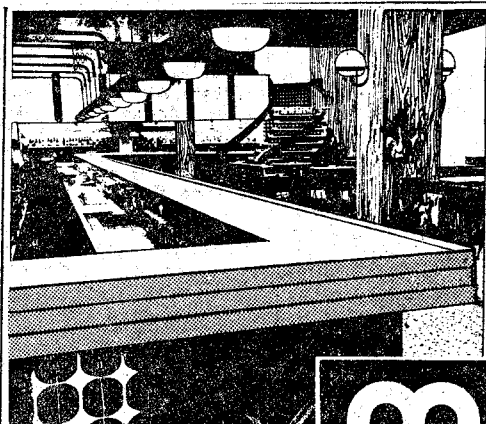
ENTREGAS INMEDIATAS

TRICESA

Vía Layetana, 51, 2º, 4º. Tel. 2 22 55 07

**BUÑUELOS DE CUARESMA**  
MIÉRCOLES y VIERNES  
los hallará en su Pastelería

**GRAGEAS DEL Dr. SOIVRE**  
Si nota cansancio mental, pérdida de memoria, agotamiento, vejez prematura, consulte a su médico, pruebe las Grageas del Dr. Soivre y sentirá que vuelve a usted la alegría de vivir. De venta en farmacias. (C. P. S. 1526)



bares  
restaurantes  
cafeterías  
snacks, etc.

Usted nos confía su local y nosotros se lo dejamos a punto de inauguración

Confíese a esta marca:

Antonio Matachana, s. a.

Vía Augusta, 11  
T 227.99.35-Barcelona-6